



TODO LO POSIBLE

CARMEN PACHECO

Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

1

El cuaderno de las tapas doradas me lo dejé allí, en una bolsa roja de plástico, sobre la lápida de mármol de una tumba. Se me apareció ante los ojos horas después, de repente, como si la memoria lanzara una llamarada roja en medio de la masa verde, vertiginosa, que se deslizaba al otro lado de la ventanilla del tren.

Qué funeral tan prematuro el del cuaderno recién comprado, con sus páginas color crema, inmaculadas. Y yo qué estúpida por haberlo olvidado allí.

Sin cuaderno donde escribir, ¿cómo iba a narrarme a mí misma, durante las horas que me quedaban de viaje? Lo necesitaba para escribir en él lo que me estaba ocurriendo y qué desarrollo tendría aquel *impasse* vital en el que me encontraba. Algo del tipo: «Cómo afrontar que la persona con la que imaginé que pasaría el resto de mi vida me está engañando», por Blanca Cruz. Aparte de largo, sonaba a título de autoayuda, pero después de todo no hay mejor manual de autoayuda que el que uno mismo se escribe. La autoayuda en su sentido más literal.

Al hallarme sin el cuaderno, no podía refugiarme entre sus páginas, como me gustaba hacerlo, describiendo lo que me rodeaba y al mismo tiempo entendiéndolo, porque si leo y escribo es para entender.

Y crear una distancia de seguridad entre el mundo y yo.

Si tenía páginas para envolverme, estaba protegida. Podías verme sentada en el asiento de un tren, en un autobús, en la consulta de un médico, pero no era más que una ilusión, porque en realidad estaba a salvo, inalcanzable, tendida entre las páginas de mi cuaderno cerrado. Miraba al resto del mundo y pensaba: «No me busquéis en la letra impresa de los libros que tienen mi foto en la solapa, no me busquéis en esas páginas, porque no estoy ahí».

Drama ridículo donde los hubiera porque podía, por supuesto, escribir mis penas primermundistas en el portátil que llevaba conmigo en la bolsa de viaje. Pero para mí el portátil significaba trabajo, y trabajo en aquel momento significaba novela, y novela significaba culpabilidad.

Con un enorme esfuerzo de voluntad, saqué y encendí el ordenador. Me encontraba todavía documentándome, porque, aunque la novela debía estar ya parcialmente escrita según los plazos y la fecha de publicación que manejaban mis editores, yo personalmente aún no tenía claro de qué iba a ir. Una de las excusas para permitirme aquel fin de semana en Zaragoza, visitando a mi hermana, había sido «airearme, encontrar la inspiración en el cambio de paisaje, romper el bloqueo». Consejo que había visto que seguían los escritores de las películas, pero cuyo sentido no me quedaba claro, ni aun después de haberlo llevado a la práctica. Debía de tratarse de una de esas ideas que funcionan solo si eres un personaje de ficción.

Pensé de nuevo en el cuaderno, en el cementerio y la extraña historia que nos había llevado hasta allí, e hice una búsqueda al azar en Google, poniendo en inglés los términos «estatua funeraria» y «ángel». Pinché en «imágenes» y una sucesión de rostros petrificados salió a mi encuentro. Bajé el *scroll* con desgana. Entre todos aquellos ojos de piedra muertos, me fijé en la fotografía de una mujer en blanco y negro. Llevaba el pelo castaño cortado al estilo de

los años treinta, una blusa oscura y una estola de piel en torno a los hombros. El hecho de que no posara con una expresión plácida, mirando al infinito, como se solía hacer en ese tipo de retratos de estudio, me llamó la atención. Aparecía ligeramente borrosa, con los ojos encendidos y la boca un poco entreabierta, dando la impresión de estar a punto de quejarse por algo. Pinché en la foto para ir a la página de origen. Se trataba de un artículo titulado en inglés «Mujeres escritoras olvidadas» en la web de una escuela de escritura creativa de Boston. A pesar de incluir una foto de ella, se la mencionaba muy de pasada en el artículo. Su nombre era Patricia King y había escrito tres novelas de misterio durante la década de los treinta. Busqué su nombre en Google pero la Patricia King que acaparaba todos los enlaces, y un artículo de Wikipedia, era una predicadora evangelista, presentadora de televisión y autora de varios libros. Tal vez fuera por el gesto que la antigua Patricia King mostraba en el retrato, pero inmediatamente asumí que, de poder conocer a la nueva escritora que ocupaba su nombre, no le agradecería mucho.

En una curva pronunciada de la vía, cerré el portátil, casi como si hubiera sido la inercia y no mi pereza, la que hubiera decidido poner fin a aquella sesión extenuante de trabajo. Pero es que estaba en un tren y, aunque mi vida fuese un fracaso, un fraude, durante al menos unas horas quería convencerme de lo contrario.

Ya vuelva o me aleje de mi punto de origen, adentrarme en un vagón significa para mí el comienzo de una historia. No importa en qué capítulo se encuentre el arco argumental de mi vida. Todo lo vivido, todo lo pasado, se queda en el andén, y la promesa de lo que está por venir es lo único que me importa.

Se preguntaba Jardiel Poncela si es que en los trenes se agazapan los microbios de lirismo esparcidos por Gustavo

Adolfo Bécquer, y debo de tener yo muy bajas las defensas contra la ñoñería, porque es poner un pie en un tren y sentirme un personaje de novela. O será que en tren, cuando uno viaja solo, es cuando de verdad se es libre, porque en esa transición entre dos papeles a interpretar, el que hacíamos en el origen y el que haremos en el destino, podemos por fin ser lo que queramos.

¿Y qué quería ser yo?

Miré a mi alrededor, de repente sobresaltada por la idea de que alguien pudiera reconocerme y arrebatarme esa libertad. Me pasaba con mucha frecuencia desde hacía unos meses, especialmente en los medios de transporte. La foto que aparecía en los libros no era nada llamativa pero sí reciente, y a veces alguien usaba la solapa de la cubierta para marcar la página de su lectura. Y entonces, al levantar la vista, ahí estaba yo, en el metro, en el autobús, en el avión, con la misma cara de idiota.

El resto de personas que viajan en tren adquieren también una calidad especial. Ellos cobran un papel secundario pero interesante, pasan de engrosar ese tipo de plancton humano al que, en nuestro delirio egocéntrico, cada uno de nosotros llamamos «gente», a convertirse en «pasajeros». Extraños en un tren.

Pero si alguno de esos extraños me reconocía, si alguien venía a saludarme y preguntarme cuándo saldría la próxima novela de mi saga, esta suerte de encantamiento ferroviario se rompería.

Cualquiera se hubiera alegrado, supongo. Sentirse gris y anónima en un transporte público, ahogarse en la melancólica nimiedad de la rutina y verse salvada así, de repente, significada en la mirada de alguien que te reconoce como esa escritora de los libros de moda, interesante, digna incluso de admiración.

Pues no, no era lo que yo quería.

Aquella misma mañana, caminaba contra un viento gélido por las calles desiertas del cementerio de Zaragoza. El cielo estaba despejado y el sol brillaba en su centro, pero el calor que irradiaba era ya otoñal y apenas contrarrestaba la crueldad del aire, que nos agitaba a mi hermana y a mí el pelo, palpándonos la cabeza con sus dedos helados.

Desde luego, no era precisamente ocurrencia de dos genios pasear por el cementerio de una ciudad de medio millón de habitantes en busca de una estatua en una cripta, sin la más remota idea de su situación, pero, cuando estábamos juntas, Laia y yo no actuábamos acorde a nuestra edad.

Esta suposición mía no era tan gratuita como muchas otras de mis numerosas y no siempre bien recibidas hipótesis. Hacía poco había leído que, en los años setenta, una psicóloga llamada Ellen Langer había llevado a cabo un experimento que probaba algo parecido. Había reunido a un grupo de ancianos en una residencia aislada y estos habían vivido durante una semana allí fingiendo, en todos los aspectos, que se encontraban en 1959, y que por tanto eran veinte años más jóvenes. Tras una serie de test que se les hizo pasar después, la psicóloga demostró que la percepción de la propia edad puede alterar en un sujeto incluso el resultado de unas pruebas físicas.

Esta misma oscilación subjetiva se observa a menudo en las reuniones familiares, cuando los hermanos, al encontrarse juntos en el hogar familiar, adoptan conductas infantiles. Es el alcohol el que se lleva toda la fama, pero también es esta inmadurez inducida la responsable de escenas dantescas en las que adultos perfectamente razonables acaban lanzándose bolas de pan o jurándose odio eterno por el motivo más ridículo.

Y era esto exactamente, el tiempo que habíamos pasado juntas y a solas mi hermana y yo desde que fuera a visitarla el viernes, lo que nos había intoxicado, como un elixir de eterna adolescencia, y nos había hecho acabar allí, en el cementerio.

Yo avanzaba, bolsa en mano, por una de las calles laterales bordeando las gigantescas estanterías de aquel almacén de muertos, mientras mi hermana caminaba por la calle central, a unos diez metros de mí. Mis tacones resonaban sobre el pavimento de una forma inquietante. Hacía apenas una hora, de paseo por el centro, había comprado en una tienda de decoración un cuaderno de tapas duras con un estampado en tonos dorados. Ahora me sentía extraña sujetando aquella bolsa mientras deambulaba entre las hileras de muertos, como si estuviera eligiendo cuál llevarme a casa.

La excusa que me había puesto a mí misma para justificar aquella aventura que habíamos improvisado era la misma con la que me había dado libre el fin de semana. Necesitaba inspiración para la nueva novela que mis editores, con símbolos de euro en los ojos, me suplicaban que escribiera. La de mi hermana era más razonable: la estatua que buscábamos era una copia de la que estaba restaurando. La habían encontrado en el desván de una vieja iglesia y, hasta que sus dueños no la reclamaran formalmente, pertenecería al patrimonio de Aragón. Apenas sabían nada sobre ella, salvo que había sido encargada a un escultor importante por una familia adinerada en los años veinte, y que una copia en bronce debía de encontrarse en la cripta de dicha familia.

Atravesamos durante un rato aquel paisaje en bucle de nombres, lápidas, cubículos y flores de plástico, sin cruzarnos con nadie. No teníamos ningún punto de referencia del mundo exterior, ni siquiera del mundo real, y nada parecía

indicar que no fuéramos a seguir vagando así, entre los muertos, el resto de nuestras vidas.

Por fin las estanterías de nichos dieron paso a un paisaje de vegetación salvaje, cruces torcidas y lápidas decrépitas sobre las que reverberaba la luz clara del mediodía.

Mi hermana se acercó hasta mí, caminando con la misma tranquilidad con que lo hacía siempre. Sus pitillo negros eran dos manchas de tinta que fluían sobre el blanco polvoriento del suelo. La forma de moverse de Laia contrastaba con mis gestos nerviosos de pajarillo, y pocas veces nos tomaban por hermanas. Sus andares eran regios y calmados, como si quisiera dar tiempo a que una corte de esclavos invisibles allanase el terreno y extendiera una alfombra roja ante su paso.

—Ay, Laia —me retorcí la blusa a la altura del pecho como si me retorciera el corazón—, ¿no te daba la impresión de que cuando nos perdíamos de vista ya no nos íbamos a ver más?

Mi hermana me contempló en silencio, a través de sus Ray-Ban negras, aún más negras bajo su pelo platino.

—Pues no. —Observó su alrededor con cierto desagrado—. ¿Qué es esto? ¿La zona antigua del cementerio?

—Mira esos rosales increíbles, Laia, salen justo de debajo de las lápidas. ¿Los plantarían los familiares o habrán crecido solos? Se habrán alimentado de los muertos hasta que no quedara nada.

—Esto ha sido una tontería, Blanca —protestó Laia con su voz grave, ignorando mi preocupación acerca de los rosales necrófagos—. No vamos a encontrar nunca la estatua del ángel. Este cementerio es enorme.

—La probabilidad de que la encontremos...

—¡Blanca, ni se te ocurra! —me cortó Laia de manera brusca—. ¡Te lo he dicho millones de veces! ¡No quiero vol-

ver a oírte hablar nunca de probabilidad! ¡Nunca! ¿Me entiendes? ¡Nunca!

No respondí y Laia no dijo nada más. No había sonidos en el cementerio, salvo el murmullo lejano del tráfico y el chirrido de unas pocas cigarras tardías, para amortiguar el silencio que se hizo tras el estallido de Laia. Esto era algo también frecuente entre hermanos. Micropeleas de menos de un minuto, que no tenían la más mínima trascendencia, pero de una violencia verbal incomprensible en otro contexto. No quise además alargarla, porque Laia tenía razón, me había pedido muchas veces que me guardara para mí mis teorías sobre probabilidad. Ya sabía qué triste suceso de nuestras vidas se le venía a la memoria cuando sacaba el tema, menos apropiado aún encontrándonos en un cementerio.

Nos quedamos mirando el campo de lápidas sobre el que se estrellaba toda la luz del cielo.

Eché a andar hacia una tumba señalada con una enorme cruz blanca en torno a la que se erigía un rosal de flores burdeos. Miré a un lado y a otro para cerciorarme de que no nos veía nadie y dejé la bolsa con mi compra sobre el mármol de la tumba de al lado.

—Hazme una foto, por favor —le pedí a Laia, mientras, con cuidado de no mancharme mucho, me tendía en la lápida y cerraba los ojos. Mi hermana resopló.

—Pero, Blanca, que va a venir alguien...

—Es para mi página de fans de Facebook.

—Pues con más razón... ¿De verdad quieres dar esa imagen?

—Venga, por favor, sabes que a los fans les encantan estas chorradas.

Por supuesto, ni por todo el oro del mundo pensaba subir aquella foto a internet, pero me llamo Blanca Cruz y desde que tengo uso de razón me he hecho fotos con cru-

ces blancas y bajo el rótulo de casi todos los establecimientos de la cadena de cervecerías Cruz Blanca que existen en España. Algo que de adolescente tenía cierta gracia se ha convertido en una compulsión incontrolable. Y esto lo cuento siempre así, lo arrojo al interlocutor, sin pudor ni vergüenza, porque a partir de este dato el concepto que se tenga de mí solo puede mejorar.

—Pues no entiendo que a tus lectores les haga gracia. Es algo que Sasja nunca haría.

Le lancé una mirada fulminante. Acto seguido me di cuenta de que llevaba puestas las gafas de sol y lamenté que mi intento de fulminación visual fuera a pasar desapercibido. Sasja era la protagonista de mis libros. Esos libros que se vendían como rosquillas y que yo odiaba con toda mi alma.

—Sasja no existe —contesté—. No hables de ella como si fuera una persona que tuviera opiniones.

—Ah, ¿ahora no existe?

—Solo cuando yo quiero. Por favor, hazme la foto. ¡Para mi colección! ¡Házmela! —rogué.

Hasta que no comprobé que Laia me había sacado una foto decente, no empezamos a buscar el camino de vuelta a la salida.

—Me da mucha rabia irme sin ver el ángel —me quejé.

—Más rabia me da a mí —se lamentó Laia—, me vendría muy bien hacerle unas fotos para ayudarme con la restauración.

—No deberíamos haber venido sin conseguir que nos cogieran el teléfono antes.

—¿Qué quieres? Es domingo. No creo que los funcionarios de los cementerios tengan una línea disponible veinticuatro horas para gente con la urgencia de encontrar una cripta.

—¿Por qué no? —protesté—. Podrían tener una línea de servicios unificada como la policía y los hospitales, pero solo para misterios. «Marque uno si desea conocer la localización de una cripta, marque dos para denunciar el robo de un códice medieval, marque tres si cada noche escucha ruidos inexplicables en el ático...».

—¡Qué ingeniosa! —exclamó Laia—. Cómo se nota que eres una escritora de éxito.

—Y cómo se nota que tú eres un poco puta.

Laia se echó a reír.

Nos internamos por un camino mucho más interesante que el que nos había llevado hasta las lápidas. A un lado continuaban las criptas familiares, pero en el otro se sucedían monumentos funerarios de una llamativa extravagancia.

—Esta parte debe de ser la de las familias ricas de principios del siglo XX —dedujo Laia.

—Ricas y excéntricas —apunté mientras señalaba un monumento flanqueado por dos efigies egipcias. Laia se acercó a una de ellas y posó imitando su expresión. Le hice una foto sin ni siquiera molestarme en protestar por su doble rasero. Mientras avanzábamos seguíamos vigilando los apellidos de las criptas.

Laia se detuvo ante una calle perpendicular a la nuestra.

—Estoy muy cansada. Igual deberíamos dejarlo y buscar el camino más rápido para salir de aquí —propuso.

Me detuve también y asentí. Entonces, Laia se volvió hacia donde yo estaba. Las gafas de sol ocultaban la mayor parte de su rostro, pero supe que se acababa de quedar muda de la impresión. Rápidamente, me giré sobre mis tacones, preparándome para cualquier cosa.

Allí, justo allí. Detrás de mí estaba la cripta que buscábamos desde hacía un par de horas. «Familia Martínez Dámaso», rezaba la inscripción sobre la puerta. Y al otro lado de las rejas y el cristal, junto a una mesita y unos jarrones con flores, estaba la estatua. Una escultura de un ángel de bronce, de un metro y medio de alto, que sostenía a un niño pequeño en el brazo izquierdo.

—No me lo puedo creer.

—¿Es como te lo habías imaginado?

—¡Es mucho mejor! Pero no puede ser..., justo cuando nos íbamos, justo en el sitio donde me he parado...

Tuve que hacer un esfuerzo esta vez por callarme mis teorías de probabilidad y lo poco que encajaban con aquel resultado.

Laia sonreía y sacudía la cabeza, incrédula. Parecía que el universo lo hubiese dispuesto todo, mientras las dos mirábamos hacia otro lado. Laia dio la entrada: «Igual deberíamos dejarlo», y, entonces, el universo materializó la cripta que buscábamos a mi espalda, que antes, por no haberla aún mirado, no era más que una masa gris borrosa.

Aferré las manos a la reja como si así pudiera prolongar un poco más la sensación que por experiencia sabía que no duraría mucho. Los acontecimientos coinciden con los de una historia emocionante, y son demasiado significativos como para tomarlos por simple casualidad, la sensación de ser un personaje dentro de una historia burbujea en la sangre y embriaga el cerebro como un licor fuerte. Y el espectador que llevamos dentro espera que la historia se suceda como debería, pero el ángel no se mueve de forma sobrenatural, no descubrimos una inscripción extraña justo antes de irnos, ni siquiera empieza a llover de repente. No ocurre nada y la emoción que ha provocado esa casualidad inesperada se evapora, se escapa entre los dedos, por mucho que yo me aferre a la reja, el licor narrativo deja de hacer